

Mis dos dificultades como filósofo

*Prof. Dr. Arturo Andrés Roig**

I. La casa y el camino a casa

¿Qué se puede esperar que diga alguien que se ha dedicado toda su vida a la filosofía? ¿Que es "filósofo"?

Acordémonos que la palabra "filosofía" nació de un acto de humildad y tal vez de vergüenza. Según la tradición narrada por el inagotable Diógenes Laercio, el tirano de los filiasios, León, le preguntó a Pitágoras si era uno de los "sabios", a lo que éste le respondió que no, que simplemente era un "amante de la sabiduría".

¿Podríamos en nuestros días repetir la respuesta? La cuestión no es fácil, pues la dificultad que pretendió obviar Pitágoras se mantiene. Pues sucede que esa palabra "filosofía" que nació de un acto de modestia, respeto y hasta timidez, provoca esos mismos sentimientos. En efecto, nada más difícil de responder que la pregunta -¿Es Ud. filósofo? Pues sucede que la palabra "filosofía" ha concluido por adquirir la misma majestad que la palabra "sofía", o "sabiduría". Pitágoras no nos salvó de la dificultad de la que él quiso salvarse.

Ahora bien, esa sabiduría a la que tienden los filósofos y que intentan practicarla ya como lo hicieron los casi míticos siete sabios de Grecia que no tuvieron dificultad en aceptar que las gentes les apodaran "sabios", y como vergonzantes filósofos que ni esta palabra podemos cabalmente dar razón, ¿es "sabiduría" de qué? Porque esa sabiduría, como todos los saberes y todas las prácticas que les acompañan necesariamente, lo son siempre de algo. Pues aquí venimos a dar ya con lo concreto: la sabiduría de los siete sabios así como la "sabiduría" de los simplemente "amantes de la sabiduría", es un saber de vida. De ahí que hayamos hablado de saberes y de prácticas o, en otros términos, de teoría y de praxis. Y por eso ha dicho Jean-Paul Sartre con todo fundamento: "Que toda filosofía es práctica, aun aquella que parece en un primer momento como la más contemplativa".

* Texto leído en el acto de designación como Profesor Emérito de la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina, 8 de mayo de 2003.

Pues veamos ahora cómo podríamos señalar ese aspecto práctico que más de un pretendido filósofo ha intentado ignorar, realizando una práctica vergonzante: la "práctica de la ignorancia de la práctica". Pues bien, ese aspecto práctico del saber filosófico se ha mostrado como un intento de construcción expresado a través de dos metáforas –que podríamos decir que reaparecen en casi la totalidad de los filósofos- y de las que nos vamos a ocupar ahora brevemente. Ellas son las de la "casa" y la del "camino". Lo que se expresa con la primera, los griegos lo señalaron con el término *ethos*, dicho de otro modo, la "morada", la "ciudad" real o utópica, en fin, el ámbito indispensable para el desarrollo pleno de la vida material y espiritual de los seres humanos, sea esa "morada" el Paraíso terrenal, o el Estado hegeliano o la conciencia intencional de Husserl o, la sociedad de consenso de John Rawls.

Y de este modo, si ha sido intento universal de los filósofos la construcción de la morada, del *ethos*, no es extraño que en uno de los más célebres libros de la filosofía, *El discurso del Método*, aparezca, casi al comienzo la metáfora de la "ciudad":

Esas viejas ciudades –dice- que no fueron al principio sino aldeas y que, con el transcurso del tiempo han llegado a ser grandes urbes, están por lo común muy mal trazadas y acompasadas si las comparamos con esas otras plazas regulares que un ingeniero diseña, según su fantasía, en una llanura...

Y en efecto, el *Discurso del Método* puede ser considerado como uno de los intentos más audaces de construir aquel *ethos* o morada que señalábamos como el objeto, tal vez primero de la sabiduría así como ese quehacer retaceado, la filosofía.

Pero hay otra metáfora que se complementa con la anterior y enriquece su sentido: no hay posibilidad de construir la "ciudad" si no disponemos del "camino", de un acceso. Y así, el discurso cartesiano lo es precisamente del "método", o sea del camino. Pero los caminos son muchos y a veces inesperados, como lo son las moradas humanas. Y esta problemática es lugar inevitable de todo filosofar, visible o encubierto. Pero lo es de otros saberes y de otras prácticas que los filósofos en ocasiones olvidan o desprecian en aras del "rigor" y de la "seriedad", terribles enfermedades académicas. Es también de aquéllos y de aquéllas que sin transitar academias y sin necesitar de la filosofía, han filosofado. Cuando Virginia Woolf nos legó ese hermoso texto al que genialmente tituló *Un cuarto propio*, según tradujo Borges, retomaba la vieja metáfora, la del antiguo *ethos* griego y como verdadera Lilit, nos dice cómo se han de saltar las tapias de un cuarto para que sea

propiamente morada humana y no cárcel.

Pero veamos ahora la otra metáfora, la del camino. Nos ocuparemos del tema mediante la comparación de dos admirables textos paralelos, distanciados entre sí miles de años. Jámbico en su *Protréptico* enumera una serie de consejos de los que daba Pitágoras a sus discípulos, posiblemente, los acusmáticos, que más necesitaban de orientación. Se trata de un conjunto de advertencias, algunas derivadas de tradiciones y de supersticiones de esas de las que Epicuro tratará de salvar a sus compatriotas. Así, una de ellas nos dice que "Al calzarte comienza con el pie derecho, pero al lavarte los pies comienza por el izquierdo" y otra vez nos dice: "No orines de cara al sol" y así por el estilo. Pero al lado de ellas, mezclándose, están las sentencias profundas de este ejemplar filósofo que emergía de la realidad viva de su pueblo, expresadas en dos metáforas: "No andes por los caminos reales" (*leóophoros*), es decir, marcha por los senderos y "No alimentos a un ave de garras corvas".

Varios siglos después Descartes, en *El Discurso del Método*, reunirá la metáfora de la ciudad, de la que ya hablamos, con la del camino. Nos habla, en la misma segunda parte de "los caminos reales (*les grands chemins*) que serpentean por las montañas (y que) se hacen tan llanos y cómodos por el mucho tránsito, que es preferible seguirlos que no meterse en acortar, saltando por encima de las rocas y bajando hasta el fondo de las simas".

No nos vamos a poner a la altura histórica del venerable Pitágoras, ni del genial Descartes, pero en cuanto hemos intentado vivir haciendo filosofía, tuvimos que dar con la "ciudad" y con el "camino" por exigencia misma de esa practicidad íntimamente presente en todo filosofar. Así, hemos hablado en alguno de nuestros libros de los "Caminos de la filosofía latinoamericana" y hemos hablado asimismo de la violenta contraposición que hay entre una "ética del poder" y una "moralidad de la protesta". Ninguna de las posiciones nuestras, tal como surge del desarrollo de esos temas, podría llevarnos a aceptar el consejo cartesiano de "no apartarnos de los caminos reales", porque precisamente hemos entendido el filosofar de Nuestra América, en lo que a nuestro juicio tiene de más auténtico, como un evitar precisamente esos "caminos", que son el símbolo de aquella "eticidad", así como la expresión de un *ethos*, una morada de control y represión y por el contrario avanzar por los senderos, por los "chaquiñanes" como dicen los quichuas, aun cuando estén cercados de plantas espinosas y haya que saltar rocas. Y lógicamente, que la filosofía así entendida, desprendida de los compromisos que suponen los "caminos reales", no es aquella desde la que se va a justificar la crianza de "aves de garras corvas", como son en nuestros días las ideologías del poder imperial y como lo fueron décadas atrás, entre nosotros, la violencia y

la muerte entronizadas en nuestra "morada", convertida en cárcel.

Y así habríamos respondido a la primera dificultad. Veamos la segunda.

II. Saquemos el navío de los escollos.

En parte hemos encontrado una solución a la primera dificultad. Pero me queda otra. ¿Cómo regocijarme de este reconocimiento sin caer en los extremos que el mismo Montaigne señala como vicios? "Dos partes hay - dice- en el aprecio que hacemos de nosotros mismos, a saber: estimarse demasiado y no estimarse lo suficiente. Lo primero se llama presunción y vanidad, lo segundo desprecio de sí mismo" (II, XVII).

Ahora bien, como ésta es una cuestión en la que Montaigne se inspira, en parte en Aristóteles, hagamos siguiendo nuestra cacería de metáforas una excursión breve por la *Ética Nicomaquea*, de donde surge que la solución a estas cuestiones depende de una navegación.

Así, pues, en el libro II, página 1169, transcribe Aristóteles un verso del poeta Calipso, que dice:

De esta humeante espuma,
saca la nave.

Y a continuación habla de la necesidad de llevar adelante una "segunda navegación".

¿Qué nos quiere decir con estas metáforas?

Pues, nos está hablando de lo que debemos hacer frente a las virtudes y sus contrarios.

Porque hemos de recordar que la virtud es definida por Aristóteles como un "hábito selectivo, consistente en una posición intermedia entre dos vicios, posición intermedia que es determinada mediante la razón del hombre prudente".

Y así, cuando somos honrados, podemos estar ante la honra con dos actitudes: desear todavía más honra, pues la que se nos hace todavía es poca, o no desearla, ser indiferente de ella. De acuerdo con esto "el que se excede en estos deseos se llama ambicioso; el que peca por defecto, indiferente". ¿Dónde está la virtud? Pues en la posición intermedia, que para Aristóteles no tiene, en este caso, nombre en el lenguaje, pero que de alguna

manera podemos considerarla nosotros como una forma de prudencia.

Veamos un breve texto que se transcribe páginas adelante en la misma *Ética Nicomaquea*, y con esto habríamos salvado, tal vez, nuestra segunda dificultad.

El que peca por defecto es el pusilánime, el que peca por exceso es el hinchado. Estos hombres no parecen ser malos, puesto que no hacen el mal, sino más bien equivocados. El pusilánime siendo digno de bienes, se priva de los bienes de que es digno, siendo su vicio, al parecer, no juzgarse digno de esos bienes y desconocerse a sí mismo. De otro modo, aspiraría a las cosas de que es digno... Los hombres de esta especie no parecen ser insensatos, sino más bien retraídos. Mas la opinión que de sí mismos tienen parece como si los hiciera moralmente peores... (1124 b).

Pasemos ahora a la descripción que nos hace el Estagirita de los "hinchados". Estos

por su parte, son unos necios que se desconocen a sí mismos, y todo esto lo muestran a las claras. En empresas honrosas ponen la mano cual si fueran dignos de ellas, y son luego puestos en evidencia. Se esmeran en su vestido y en su porte y en semejantes cosas; anhelan publicar los dones que han recibido de la fortuna y hablan de ellos como si por ellos hubiesen de ser honrados...

De estos dos defectos, sin embargo de lo dicho respecto de la "hinchazón", Aristóteles pensaba que si había alguno peor que el otro, era peor y más frecuente la pusilanimidad. Tal vez Aristóteles pensaba en esas formas de achicamiento hipócrita, que le parecían menos soportables que las actitudes del fanfarrón, que no oculta nada, ni su propio yo.

Así pues, *in medio virtus*. Pero ¿cómo colocarnos en ese "medio"? Es típico del hombre prudente saber hacerlo. Pero ¿cómo ejercer, a su vez, la prudencia? Una respuesta, tal vez la que nos aproxime, es regresar a la metáfora.

De esta humeante espuma,
saca la nave.

Del peligro de quedarnos en los extremos, debemos sacar la nave y ponerla nuevamente a navegar. Es lo que Aristóteles metaforiza con el concepto de "Segunda navegación".

Más de una vez, habremos de caer en uno o en otro de los extremos, pero la cuestión está en darnos cuenta, e iniciar la segunda navegación, habiendo sacado el navío de los escollos.

